

# EL MIEDO AL COLERA

**S**ON seis las enfermedades antes llamadas «pestíferas» y que hoy conocemos con el nombre de «cuaternarias»: la peste, el cólera, el tifo, la fiebre recurrente, la viruela y la fiebre amarilla. La gente sólo se ha quedado con dos de estos nombres: peste y cólera, con los que califica todo mal insidioso y fatal para el hombre. Profundamente ligados a la historia de la humanidad y evocados dramáticamente en todos nuestros libros de texto, estos males nos parecen relegados a otro lugar y otro tiempo absolutos, alejados irreversiblemente, eso es, de nuestro mundo por los gloriosos progresos de la ciencia.

Pero he aquí que inesperadamente, tras escapar no se sabe cómo de unas «reservas» cuya existencia ignoraba la mayoría de los mortales, el cólera llama a nuestras puertas. Día tras día, los periódicos hablan en grandes titulares de los peligros, pero también de los progresos realizados. La Organización Mundial de la Salud, gran estado mayor de la lucha contra las plagas que asolan a la humanidad, multiplica incesantemente sus advertencias, distribuye las armas más eficaces de que dispone, envía a técnicos allí donde hace falta y lanza anatemas contra los países culpables de ocultamiento. Cada país levanta sus propios muros protectores y promulga medidas draconianas para impedir que entre el temido enemigo.

**«VIBRIO EL THOR».**— Todo esto, bien pensado, parece excesivo. Y en verdad pronto tuvimos la sensación de que, en nuestros países, el terror era más bien fingido y que tan sólo se trataba de tranquilizar a la gente, de modo que ni siquiera se preocupase de aquellos para los que el peligro sí es real.

Para nosotros los occidentales el riesgo ha sido prácticamente nulo. Un poco gracias a las precauciones de las autoridades sanitarias y un mucho porque, en nuestras actuales condiciones de vida, una epidemia de cólera no tiene ninguna probabilidad de extenderse. No es simple azar el que en la India, donde mata todos los años a miles de personas, ese cólera no haya atacado nunca al ocupante británico, o que en Israel sólo mate a los árabes y no a los judíos. Basta en realidad con que se controle el agua potable, que se vigile la evacuación de materias y que se efectúe una higiene elemental (en los grandes deltas en los que el cólera es endémico —es decir, continuo—, los ríos sirven a la vez para evacuar y para proveer de agua potable; para bañarse y para lavar la ropa); el carácter contagioso de la enfermedad es muy débil. No puede compararse, por ejemplo, con la gripe.

El microbio calificado con el bonito nombre de bacilo «virgula», responsable del cólera, aislado por el célebre Roberto Koch, que dio nombre al bacilo

de la tuberculosis, no se presenta más que en las heces de los enfermos y es bastante frágil. No soporta ni el frío ni el calor seco y es de corta vida. En cierto momento pudo pensarse que la nueva «pandemia» debía su gravedad al hecho de que el bacilo en cuestión había adoptado una forma nueva: el responsable de la actual epidemia no es el clásico «vibrio cholerae», sino el «vibrio El Thor» (nombre procedente del lugar de Arabia Saudita donde fue aislado e identificado). Son varias las hipótesis emitidas para explicar esta transformación. Se ha hablado especialmente de la influencia del cloro del agua, que podría haber producido una selección al fomentar el desarrollo de la única familia de gérmenes capaces de resistir su acción, o que podría haber transformado el tipo genético del bacilo habitual. Sea como fuere, lo cierto es que la aparición de «El Thor» no plantea problemas radicalmente nuevos. La vacuna elaborada a partir del «vibrio cholerae» es eficaz contra el de «El Thor» (lo inverso parece menos seguro), y la enfermedad es, «grasso modo», la misma. Parece simplemente que ha aumentado su carácter contagioso, pero que la enfermedad es, al mismo tiempo, menos grave.

**REHIDRATAR.**— Hay que reconocer, pues, que la enfermedad ha dejado de tener el carácter dramático y fatal que se le atribuye. Ninguno de los médicos que ejercen actualmente en Occidente tiene experiencia de esta enfermedad, y los únicos que pueden describirla o reconocerla son los que la han estudiado sobre el lugar. Sería por lo tanto muy difícil de identificar si, por fortuna, su sintomatología no fuese tan sencilla.

«Los casos ligeros se manifiestan por evacuaciones más bien fluidas. En casos más serios se producen vómitos. En los graves, las heces son líquidas como agua de arroz, el enfermo experimenta espasmos musculares en las pantorrillas, especialmente, y se presenta el marasmo. Las heces son incoloras, inodoras y líquidas. Esta gran desecación va acompañada de una sed ardiente y de espasmos dolorosísimos; el enfermo siente náuseas y sofoco al mismo tiempo. El cuerpo se enfría y adelgaza poco a poco, la voz se apaga y cesa la excitación nerviosa».

En esta descripción pintoresca pero fiel, sacada de un libro de medicina «para uso de la mujer» publicado en 1931, los médicos reconocen los síntomas habituales y clásicos de una toxoinfección. Y, de hecho, el cólera no es más que eso: una grave diarrea acompañada de una intensa deshidratación.

Al igual que la enfermedad que atacó a los niños pequeños y que antes llamaban «cólera infantil», y hoy conocemos con el nombre de toxicoosis.

Los demás síntomas (enfriamiento, calambres, trastornos circulatorios, etcétera)

son sólo consecuencia de la deshidratación y de los desequilibrios electrolíticos que ésta entraña. La diarrea tiene, en efecto, el inconveniente (en todos los casos, y es algo que se observa incluso en las personas que abusan de los laxantes) de eliminar desigualmente, a la vez que el agua, una serie de elementos minerales (sodio, potasio, cloro, etcétera); cuyas proporciones respectivas deben mantenerse constantes en el organismo.

El tratamiento consiste, pues, en rehidratar al enfermo y restablecer el equilibrio iónico; el médico moderno utiliza para ello las perfusiones. Se sabe, además, que el «vibrio» es afortunadamente muy sensible a los antibióticos, por lo que uno se siente tentado a considerar el cólera como una enfermedad de gravedad media, de fácil curación, poco contagiosa y perfectamente circunscrita.

**LOS NUEVOS DEMONIOS.**— La actual epidemia apenas contradice esta descripción. Después de todo, aun cuando ataca a poblaciones casi indefensas, no puede compararse con las epidemias históricas. Parece que los casos no son demasiado numerosos, y los mortales aún menos. Sólo preocupa a las autoridades sanitarias porque se presenta en países en donde la higiene es prácticamente inexistente y la infraestructura médica nula, y sobre todo porque afecta también a África, donde hasta ahora no se habían presentado casos de este tipo. En ningún momento ha preocupado a nuestras autoridades médicas lo que pudiese pasar aquí.

¿Por qué entonces tanto jaleo? Sin duda porque la actual epidemia, al despertar un miedo tan arcaico, al alimentar un terror más moderno y crear en nosotros una mala conciencia, provoca una especie de locura que no es sino la conjuración inconsciente de una angustia mucho más profunda. Siempre ha existido el miedo a la enfermedad como a una amenaza procedente del mundo exterior: hay algo ahí fuera que puede lanzarse sobre nosotros para poseernos en cualquier momento. Pasteur, con sus microbios, e incluso, en cierto modo, Freud, con su inconsciente, representado en la conciencia común como la presencia de otro dentro de uno mismo, no han hecho más que dar consistencia científica a los «miasmas» y «demonios» de otros tiempos. La progresión del cólera contribuye a esta particular visión de la enfermedad y le confiere su aspecto dramático y espectacular.

Este «terror» tradicional y casi constitucional se ha enriquecido con nuevas obsesiones. Vivimos en la gran época de la contaminación, de las radiaciones cataclísmicas. La humanidad se ve amenazada desde todas partes por culpa de su propia actividad y su propia multiplicación.

**SIMIOS EN CUARENTENA.**— El doctor Paul Ehrlich, que ejerce en Estados Unidos y se ha convertido en abogado de un malthusianismo moderno y profeta elocuente de un apocalipsis «ambiental», está convencido, por ejemplo, de que estamos amenazado continuamente no sólo por el desequilibrio ecológico debido a la destrucción de determinadas especies, al empobrecimiento del suelo y de los productos por culpa de los cultivos intensivos, la perversión de los alimentos naturales por adiciones crónicas, sino también por cualquier virus que se haya refugiado en especies con las que el hombre aún no ha entrado en contacto o que podría surgir de una mutación genética accidental nacida de nuestra manipulación inconsiderada de la buena Naturaleza. Ehrlich pone como ejemplo en una reciente entrevista concedida a «Playboy», la «epidemia» ocurrida en 1967 en un laboratorio alemán de Marburg y en Yugoslavia. Un virus (el virus de Marburg) presente en los simios, pero hasta entonces desconocido en el hombre, atacó a treinta personas. «Siete de esas personas murieron a pesar de estar bien alimentadas y de haber sido sometidas a un tratamiento médico adecuado. Si se hubiese extendido por el mundo esa enfermedad, millones de personas hubiesen muerto, por la sencilla razón de que la mayoría de los habitantes del globo están subalimentados y, además, no disfrutan de ningún tipo de cuidados médicos. Los simios portadores de la enfermedad pasaron dos semanas en el aeropuerto de Londres antes de ir a Marburg. Si en aquel aeropuerto la enfermedad hubiese sido contraída por seres humanos, habríamos podido exterminar a casi toda la especie».

Esta demostración es menos convincente de lo que parece, en primer lugar porque demuestra sobre todo la eficacia de las «cuarentenas» aplicadas sistemáticamente en Gran Bretaña, así como la resistencia que opone justamente a toda epidemia esta sociedad moderna, a la que, por otro lado, se pretende atacar. Pero el ejemplo aducido por Ehrlich nos da, eso sí, una imagen bastante plausible de cómo podría desaparecer la especie. Esta vez, la amenaza no procedería de la Naturaleza, sino de las modificaciones que el hombre presuntuoso e imprudente introduce en esa misma Naturaleza. En ambos casos, la angustia de la muerte, transmitida del individuo a la especie curiosamente, se manifiesta con mayor intensidad allí donde el riesgo es menos evidente, donde la amenaza es menos inmediata: en los países ricos. Es indecente denunciar con tanto bombo y platillo las desventajas de la civilización cuando hay en el mundo millones que mueren de hambre y de frío... Pero, ¿no habría que ver en esta insistencia en proclamarse amenazados la expresión de una mala conciencia colectiva? ■

DOCTOR N. B.